

Nuevas aclamaciones de alegría acogieron este breve discurso, que indudablemente parecerá sobrado minucioso y fútil a los muchos millones de europeos que tienen la suerte de vivir bajo el régimen constitucional, pero que en aquella remota isla fué recibido con tanto más entusiasmo, cuanto era la primera carta de este género concedida a la colonia.

## VII

## LA FAENA

Al día siguiente, sábado, y durante la velada, reuniéronse menos bulliciosamente que los que acabamos de dejar, unos negros bajo un gran cobertizo, donde y sentados en torno de una hoguera de chamarasca se entregaron a su faena, como dicen en las colonias; queremos decir que cada cual, según sus necesidades, su temperamento o su carácter, hacía una labor manual para venderla el siguiente día, o cocía arroz, o asaba casabe o batatas, o fumaba en una pipa de palo tabaco indígena y recolectado en su huerto, o conversaba en voz baja con su vecino, mientras las mujeres y los niños encargados de conservar el fuego iban y venían al través de los corros. Con todo eso, pese a tanta actividad y a tanto movimiento, aunque aquella velada precedía a un día de descanso, echábase de ver que sobre aquellos desventurados pesaba algo triste e inquieto, esto es la opresión del capataz, asimismo mulato.

Aquel cobertizo estaba situado en la parte inferior de las llanuras de Williams, al pie de la

montaña de las Tres Tetras, en torno de la cual se extendía la propiedad de nuestro antiguo conocido Malmedie.

Y no es que Malmedie fuese mal amo, en la acepción que suele darse en Europa a esta palabra. No, Malmedie era hombre rechoncho, incapaz de odio y de venganza; pero tocado hasta más no poder de su importancia civil y política, y henchido de orgullo cuando pensaba en la limpieza de la sangre que corría por sus venas, compartía con buena fe nativa, legada de padres a hijos, la preocupación que en la isla de Francia perseguía aún en aquel tiempo a los hombres de color. Sus esclavos no eran más infelices que los de otros hacendados, sino infelices como en todas partes. Para Malmedie los negros no eran hombres, sino máquinas que habían de producir tanto o cuanto. Ahora bien, cuando una máquina no produce lo calculado, se la recompone por medios mecánicos, y Malmedie aplicaba sencillamente a sus negros la teoría que hubiera aplicado a las máquinas, o lo que es lo mismo, cuando un negro dejaba de funcionar por pereza o por fatiga, el capataz lo recomponía a latigazos, con lo cual la máquina recobraba su movimiento, y al fin de la semana el producto general era el que ser debía.

Por lo que hace a Enrique Malmedie era el retrato vivo de su padre, con veinte años menos y una dosis más de orgullo.

Había, pues, como hemos dicho, grandísima distancia entre la situación moral y material de los negros del arrabal de las llanuras de Williams, y la de los negros del arrabal de Moca, Así, pues, las reuniones como las de que hacemos mérito al principio de este capítulo, las celebraban alegremente los esclavos de Pedro Munier, en tanto que los esclavos de Malmedie necesitaban que los exci-



tasen con alguna canción, algún cuento o alguna farsa. Por lo demás, en los trópicos como en nuestras comarcas, bajo el cobertizo del negro como en el vivaque de los soldados, siempre hay uno o dos bufones que se encargan del fatigoso oficio de hacer reír a los demás, que, agradecidos, pagan cada cual a su modo; con el bien entendido que si alguno, como a las veces sucede, se olvida de pagar, el bufón le recuerda que es su acreedor.

Ahora bien, el que en la propiedad de Malmedie desempeñaba el cargo que antaño llevaban Triboulet y Angeli en la corte de Francisco I y en la de Luis XIII, era un hombrecillo de abultado tronco, piernas delgadísimas, cabeza pequeña y de color amarillo bilioso, pies tamaños como medianas bandejas, y brazos como los de los orangutanes, los cuales no necesitan agacharse para coger los objetos que encuentran a su paso. De semejante conjunto de formas incoherentes y de miembros desproporcionados resultaba que el nuevo personaje a quien acabamos de introducir en escena ofrecía un singular compuesto, grotesco y terrible, compuesto en el cual, a los ojos de un europeo, sobresalía lo repugnante hasta el extremo de inspirar la más viva repulsión; pero los negros, menos partidarios de lo bello y menos adoradores de la forma que nosotros, lo miraban, por regla general, por el lado cómico, por más que, bajo su piel de mono, el tigre alargase su garra y mostrase sus dientes.

El tal personaje se llamaba Antonio y era nativo de Tingoram; de modo que para distinguirlo de los demás Antonios, a quienes indudablemente hubiera mortificado la confusión, solían llamarlo Antonio el malayo.

Los negros estaban, pues, como va dicho, bastante tristes, cuando Antonio, que, sin ser visto,

se escurriera hasta detrás de una de las pilastras que sostenía el cobertizo, alargó su amarilla y biliosa cabeza y silbó al modo de la serpiente de capucha, uno de los reptiles más terribles de la península malaya. Aquel silbido, lanzado en las llanuras de Tenaserim, en los pantanos de Java, o en los arenales de Quiloa, hubiera helado de espanto a quien lo hubiese oído; pero en la isla de Francia, donde, aparte de los tiburones que nadan a bandadas junto a la costa, no hay animal alguno dañino, el silbido de Antonio no causó más efecto que el de hacer abrir tanto así los ojos y la boca a los negros, los cuales, dirigidos por el sonido, se volvieron hacia el recién llegado y rompieron en gritos de «¡Antonio el malayo! ¡Viva Antonio!»

Sólo dos o tres negros se estremecieron y se soliviaron; eran malgachos, yolofes o zanguebareses que, en su juventud, habían oído el silbo de la serpiente de capucha y no lo habían olvidado. Y aún se puso en pie uno de ellos, gallardo mozo negro que, a no ser su color, pudiera haberse tomado por uno de los más hermosos tipos de la raza caucásica. Pero apenas se hubo enterado de la causa del ruido que lo arrancara de su divagación, tendióse nuevamente en el suelo y susurró con menosprecio sólo comparable a la alegría de los demás esclavos: «¡Antonio el malayo!»

Antonio se puso en tres zancadas en el centro del círculo, y saltando por encima de la hoguera, cayó al otro lado y se sentó al modo de los sastes.

—¡Una canción, Antonio! ¡Una canción!—gritaron los negros.

Al contrario de los aficionados seguros de sí, Antonio no se hizo de rogar, sacó de sus alforjas



un instrumento, se lo llevó a la boca, arrancó de él algunas notas como por vía de prelude, y acompañando la letra con gestos adecuados al caso, entonó la canción siguiente :

## I

En una cabaña vivo,  
tan mezquina, tan pequeña,  
que puedo tan solamente  
entrar a gatas en ella.

Si en pie me pongo, su techo  
queda al ras con mi cabeza,  
y al dormirme por la noche  
para mí toda luz huelga,  
pues no faltan agujeros  
por donde la luz penetra.

## II

Ráida estera es mi cama,  
mi almohada una madera,  
mi jarro una calabaza  
en la que el arac fermenta.

Cuando viene mi mujer  
para efectuar la limpieza  
el sábado, aso al rescoldo,  
para que sirva de cena,  
una banana, y en paz,  
y abur, hija, hasta la vuelta.

## III

No hay cerradura en mi cofre,  
¿ni para qué me sirviera  
si aunque en él hay mis alforjas  
ninguno irá en busca de ellas?

Mas si el domingo me gano  
con que celebrar la fiesta,  
compro un trozo de tabaco,  
y ssí la semana entera  
puedo pasarla fumando,  
de mi chocilla en la puerta.

Sería menester que nuestros lectores hubiesen

vivido en medio de aquellos hombres sencillos y primitivos, para quienes todo es materia y sensación, para formarse concepto, a pesar de la pobreza de las rimas y la simplicidad de las ideas, del efecto causado por la canción de Antonio. Las dos primeras estrofas fueron acogidas con risotadas y aplausos, y la tercera con gritos y vivas. Unicamente el joven negro que manifestara su desdén por Antonio encogió los hombros con ademán de disgusto.

En cuanto a Antonio, en vez de gozarse en su triunfo, como pudiera haberse creído, y de engullirse al estrépito de los aplausos, apoyó los codos en los muslos y la cabeza en las manos, y se entregó, al parecer, a meditación profunda. Ahora bien, como Antonio era el excitador de la gresca, con su silencio, la tristeza volvió a apoderarse de los negros, que le rogaron contase alguna historia o entonase otra canción. Pero Antonio se hizo el sordo, y las más vivas instancias no obtuvieron otra respuesta que aquel incomprensible y obstinado silencio.

Por fin uno de los negros que más cerca de él estaban le dió un golpecito en el hombro y le preguntó :

—¿Qué te pasa, malayo? ¿Estás muerto?

—No—respondió Antonio;—estoy vivo y bien vivo.

—¿Qué haces pues?

—Pienso.

—¿Qué piensas?

—Pienso—repuso el malayo,—que el tiempo de la faena es muy bueno. Cuando Dios apaga el sol y llega la hora de la faena, todos trabajan con gusto, pues cada cual lo hace para sí, por más que haya perezosos que pierdan el tiempo en fumar, como tú, Tucal, o golosos que se distraigan en tos-



tar bananas, como tú, Cambeba; pero como dije, hay otros que trabajan. Tú, Castor, por ejemplo, labras sillas; tú, Bonhomme, haces cucharas, y tú, Nazim, te entregas a la pereza.

—Nazim hace lo que se le antoja—replicó el joven negro;—Nazim es el ciervo de Anjuán, así como Laiza su león, y lo que hacen los leones y los ciervos no les incumbe a las serpientes.

Antonio se mordió los labios, y, tras breve silencio, durante el cual pareció que la estridente voz del joven esclavo continuaba vibrando, repuso:

—Os decía, pues, que el tiempo de la faena era un buen tiempo; mas para que el trabajo no sea una fatiga para ti, Castor, y para ti, Bonhomme; para que el humo del tabaco te sepa mejor, Tugal; para que tú, Cambeba, no te duermas mientras tu banana se está asando, necesitáis que alguien os cuente historias u os cante canciones.

—Es verdad—dijo Castor,—y Antonio sabe historias muy hermosas y canta canciones muy bonitas.

—Pero cuando Antonio no canta canciones ni cuenta historias—prosiguió el malayo,—¿qué sucede? Que todos os dormís, porque todos estáis fatigados del trabajo de la semana. Entonces ¡adiós faena! tú, Castor, dejas de labrar sillas de bambú; tú, Bonhomme, dejas de hacer cucharas de palo; tú, Tugal, dejas que se apague tu pipa, y tú, Cambeba, dejas carbonizar tu banana. ¿Es verdad esto?

—Sí—respondieron los interpelados a una con los demás, menos Nacim, que continuó encerrado en el más desdeñoso silencio.

—Así, pues, tenéis que mostraros agradecidos a quien os refiere historias hermosas y os canta lindas canciones para haceros reír.

—¡Gracias, Antonio, gracias!—clamaron los negros.

—Fuera de mí—prosiguió el malayo,—¿quién es capaz de contaros historias?

—Laísa, Laísa sabe también historias muy hermosas.

—Sí, pero las historias que él os cuenta os hacen estremecer.

—Es verdad—respondieron los negros.

—Y fuera de mí ¿quién puede cantaros canciones?—dijo Antonio.

—Nazim sabe también muy lindas canciones.

—Pero os hace llorar.

—Es cierto.

—Luego únicamente yo sé historias y canciones que os hagan reír.

—También es verdad—profirieron los negros.

—¿Quién os cantó una canción hace cuatro días?—preguntó el malayo.

—Tú.

—¿Quién os contó una historia hace tres días?

—Tú.

—¿Quién os cantó una canción antier?

—Tú.

—Y ayer, ¿quién os contó una historia?

—Tú.

—Y hoy, ¿quién os ha cantado ya una canción y va luego a narraros una historia?

—Tú.

—Pues si soy yo la determinante de que os divertáis trabajando, y halléis más gusto en el fumar, y no os durmáis mientras estáis asando vuestras bananas, es justo que yo, que nada puedo hacer, pues me sacrifico por vosotros; es justo, digo, que por mi trabajo se me dé algo.

La lógica de esta observación no pasó inadvertida a ninguno de los negros; sin embargo, nues-



tra puntualidad de historiadores nos constriñe a decir que sólo se escaparon algunas voces afirmativas de los corazones más cándidos de la asamblea.

—Así pues—continuó Antonio,—es justo que Tusal me dé un poco de tabaco para fumar mi pipa, ¿no es verdad, Cambeba?

—Es verdad—exclamó Cambeba, satisfecho de que la contribución recayese en otro que él.

Tusal se vió obligado a compartir su tabaco con Antonio.

—El otro día—prosiguió el malayo,—perdí mi cuchara de palo, y como no tengo dinero para comprar otra, porque en vez de trabajar os he cantado canciones y contado historias, es justo que Bonhomme me dé una cuchara de palo con que comer mi sopa, ¿no es verdad, Tusal?

—Es verdad—respondió Tusal, satisfecho de no ser el único puesto a contribución por Antonio.

El cual tendió la mano hacia Bonhomme, que le dió la cuchara que acababa de concluir.

—Bueno—continuó Antonio,—ya tengo tabaco con que cargar mi pipa, y cuchara con la cual comer mi sopa; pero no poseo dinero para comprar con qué hacer caldo. Es, pues, justo que Castor me dé el lindo taburete que está labrando, para que yo pueda ir a venderlo y comprar con su producto un trozo de buey. ¿No es verdad, Tusal? ¿No es verdad, Bonhomme? ¿No es verdad, Cambeba?

—Es verdad—respondieron Cambeba, Bonhomme y Tusal.

Y Antonio quitó, entre burlas y veras, a Castor el taburete al que acababa de clavar el último bambú.

—Ahora—continuó Antonio,—he cantado una canción que ya me ha fatigado, y voy a contaros

una historia que me fatigará aún más. Es, pues, justo que recobre fuerzas comiendo algo; ¿no es verdad, Tusal? ¿No es verdad, Bonhomme? ¿No es verdad, Castor?

—Es verdad—respondieron a una los tres contribuyentes.

A Cambeba se le ocurrió una idea terrible.

—Pero—dijo Antonio mostrando sus dientes, blancos como los del lobo,—no tengo qué comer.

A Cambeba se le erizaron los cabellos y tendió maquinalmente la mano hacia las brasas.

—Es, pues, justo—prosiguió el malayo,—que Cambeba me dé una banana; ¿no es verdad, vosotros todos?

—Sí, sí—respondieron simultáneamente Tusal, Bonhomme y Castor.—Ea, Cambeba, la banana.

—¡Cambeba! ¡La banana!—añadieron a coro todos los negros.

El desventurado miró a la asamblea con ojos desfavoridos y se abalanzó a la fogata para coger su banana; pero Antonio le paró los pies, y sujetándolo con una mano y con fuerza increíble, cogió con la otra la cuerda que servía para subir a la troj los sacos de maíz, pasó el gancho por debajo del cinturón de Cambeba, e hizo una señal a Tusal, que, comprendiendo con rapidez que hablaba muy en pro de su inteligencia, tiró del otro cabo de la cuerda, de modo que Cambeba, en el instante en que menos esperaba, se halló en vilo, y, con grande alborozo de los presentes, empezó a subir hacia el cielo girando como una peonza. A diez pies del suelo paró la ascensión, y Cambeba quedó suspendido, tendiendo aún sus crispadas manos hacia la banana, que en manera alguna podía ya disputarla a su enemigo.



—¡Bravo, Antonio, bravo!—vociferaron los negros desternillándose de risa, mientras el malayo, dueño ya del objeto de la discusión, apartaba cuidadosamente las cenizas y sacaba la banana humeante, asada a punto, y tan dorada que a cuantos la vieron se les hizo agua la boca.

—¡Mi banana! ¡Mi banana!—gritó Cambeba con acento de la más profunda desesperación.

—Tómala—dijo Antonio, tendiendo el brazo en dirección a Cambeba.

—No alcanzo, estoy demasiado distante—repuso el infeliz.

—¡Ah! ¿No la quieres?

—No puedo cogerla.

—Pues bien—continuó Antonio,—para evitar que se pudra voy a comérmela.

Dichas estas palabras, Antonio se puso a mondar la banana con gravedad tan cómica, que las risotadas de los negros adquirieron todos los síntomas de la convulsión.

—¡Antonio! ¡Antonio!—gritó Cambeba,—por favor devuélveme la banana; es para mi pobre mujer, que está enferma y no puede comer otra cosa. Tanta necesidad tenía de ella, que la he robado.

—Nunca aprovecha lo robado—contestó filosóficamente Antonio sin dejar de mondar la banana.

—¡Ah! ¡Pobre Narina! ¡Pobre Narina!—exclamó Cambeba,—nada tendrá que comer, y padecerá hambre, mucha hambre.

—Compadeceos de ese desventurado—dijo el joven negro de Anjuán, quien, en medio de la alegría de todos, fué el único que se mantuvo grave y melancólico.

—¿Te figuras tú que yo me mamo el dedo?—replicó el malayo.

—No hablo contigo—profirió Nazim.

—¿Con quién pues?

—Con los hombres.

—Pues yo sí hablo contigo—exclamó Antonio,—y te digo que te cosas la boca.

—Desatad a Cambeba—continuó el joven negro con tono de suprema dignidad que no habría desdecido de un rey.

Tucal, que sostenía la cuerda, no sabiendo si obedecer o no, volvióse hacia Antonio, el cual, sin responder a la muda interrogación de aquél, continuó:

—Te he dicho que te cosieses la boca, Nazim, y no lo has hecho.

—Cuando junto a mí ladra un perro—replicó Nazim,—no le contesto y sigo adelante. Tú eres un perro, Antonio.

—Mucho cuidado contigo, Nazim—profirió el malayo moviendo a uno y otro lado la cabeza; cuando no está presente tu hermano Laísa, eres capaz de muy poco. Así, pues, estoy persuadido de que no repetirás lo que acabas de decir.

—Eres un perro, Antonio—repitió Nazim.

Los negros que estaban entre los dos contendores se hicieron a un lado, de modo que el gallardo mozo de Anjuán y el asqueroso malayo halláronse cara a cara, pero a diez pasos uno de otro.

—Dices eso desde muy lejos—repuso el malayo rechinando los dientes.

—Y lo repito de cerca—exclamó Nazim, plantándose de un salto a dos pasos de Antonio y repitiendo por tercera vez con voz de desprecio, la mirada altanera y las narices dilatadas:

—¡Eres un perro!

Un blanco tubiera arremetido contra su enemigo y lo habría ahogado a serle posible. Antonio, al contrario, retrocedió un paso, se replegó sobre



sus zancas, se recogió como un reptil, sacó de la faltriquera de su chaqueta un cuchillo y lo abrió.

Nazim vió el movimiento del malayo y caló su intención; pero no se dignó hacer un solo gesto de defensa, y esperó en pie, mudo e inmóvil, semejante a un dios nubio.

El malayo miró por breve espacio a su enemigo como si hubiese querido devorarlo con los ojos, y levantándose con la presteza y agilidad de la serpiente, rugió:

—Laisa no está aquí; date por muerto.

—Laisa está aquí—profirió una voz grave.

El que acababa de proferir estas palabras las vertió con su tono de voz habitual, sin que a ellas hubiese acompañado un ademán ni una seña, y sin embargo al sonido de aquella voz Antonio se detuvo prontamente, y soltó el cuchillo, que ya casi rozaba el pecho de Nazim.

—¡Laisa!—exclamaron los negros volviéndose hacia el recién llegado y tomando una actitud de obediencia.

El que con una sola palabra produjo tan profunda impresión en el ánimo de todos aquellos seres y aún en el de Antonio, era un hombre en el vigor de la edad, de regular estatura y de miembros que revelaban fuerza hercúlea. Laisa, que no era otro el recién llegado, estaba en pie, inmóvil, con los brazos cruzados, y de sus ojos, entornados como los del león que medita, emanaba una mirada brillante, tranquila e imperiosa. Al ver a todos aquellos hombres aguardar en el más respetuoso silencio una palabra o una seña de aquel otro hombre, hubiérase uno dado a entender que se hallaba en presencia de una horda africana esperando la paz o la guerra de un movimiento de cabeza de su rey; y sin embargo,

aquel hombre era esclavo como los que lo rodeaban.

Laisa, tras algunos minutos de inmovilidad escultural, levantó lentamente la mano y la tendió hacia Cambeba, que, durante todo aquel tiempo, había permanecido suspendido al extremo de la cuerda, cerniéndose, mudo como los demás, sobre la escena que acababa de desenvolverse. Inmediatamente Tucal arrió la cuerda, y Cambeba tuvo la satisfacción de sentar las plantas en firme. Lo primero que hizo el pobre negro fué buscar su banana; pero en la confusión que siguiera a la escena descrita, la banana había desaparecido.

Mientras Cambeba andaba de acá para allá buscando, Laisa se salió, y a poco tornó trayendo a cuestras un puerco y lo echó junto a la hoguera, diciendo:

—Tomad, muchachos, he pensado en vosotros; tomad y compartídslo.

Esta acción y las palabras liberales que la acompañaron, tocaron dos cuerdas demasiado sensibles de los corazones de los negros, la gula y el entusiasmo, para que no causasen el efecto debido. Así, pues, agrupáronse todos en torno del animal, extasiándose cada cual a su manera.

—¡Qué buena cena vamos a tener!—dijo un malabar.

—Es negro como un mozambique—dijo un malgacho.

—Y está gordo como un malgacho—repuso un mozambique.

Pero como ya lo presumirá el lector, la admiración era un sentimiento demasiado ideal para que no hiciese casi inmediatamente sitio a algo más positivo. En un cerrar de ojos el animal fué despedazado, parte de él puesto en reserva para el día siguiente, y la otra reducida a lonjas bastante



delgadas que las pusieron sobre ascuas y a trozos algo mayores que los pusieron junto al fuego para que se asaran.

Cada cual tornó entonces a su sitio, pero con rostro más satisfecho, por estar a la expectativa de una buena cena. Sólo quedó en pie Cambeba, triste y aislado en un rincón.

—¿Qué haces ahí, Cambeba?—preguntó Laísa.

—Nada, papá Laísa—respondió Cambeba con tristeza.

Como es sabido, entre los negros papá es un título honorífico, y todos los negros de Malmedie, desde el más joven al más anciano, daban tal título a Laísa.

—¿Estás molido todavía de haberte amarrado por la cintura?—preguntó al negro.

—No, papá, no soy tan delicado como eso.

—¿Luego estás afligido?

—Sí—respondió Cambeba con la cabeza.

—¿Por qué?—preguntó Laísa.

—Antonio me ha quitado una banana que me he visto obligado a robar para mi mujer, que está enferma, y ahora no tengo nada que darle.

—Dale un pedazo de ese puerco silvestre.

—No puede comer carne, papá Laísa.

—¡Hola! ¿Quién tiene por ahí una banana para mí?—exclamó Laísa.

Como por milagro salieron una docena de bananas de entre las cenizas. Laísa tomó la más hermosa y se la dió a Cambeba, que se salió con ella escapado, sin tomarse tiempo de dar las gracias; luego volvióse hacia Bonhomme, a quien pertenecía la fruta, y le dijo:

—Nada perderás, pues en cambio de la banana tendrás la ración de carne que correspondía a Antonio.

—¿Y yo, pues, ¿qué comeré?—preguntó descaradamente Antonio.

—La banana que has robado a Cambeba—respondió Laísa.

—¡Quién sabe adónde ha ido a parar!—replicó el malayo.

—¿Y a mí qué?

—¡Bravo!—profirieron los negros,—nunca lo robado aprovecha.

El malayo se levantó, miró por encima del hombro a los que poco hacía habían aplaudido su persecución contra uno y otro y ahora celebraban su castigo, y se salió del cobertizo.

—Hermano—dijo Nazim a Laísa,—guárdate, lo conozco y te jugará una mala partida.

—Guárdate tú, Nazim, pues no se atreverá conmigo.

—Velaré por ti y por mí—repuso Nazim.—Pero no se trata ahora de eso; ya sabes que tenemos que hablar de otra cosa.

—Pero no aquí.

—Salgámonos pues.

—Pronto, cuando estén todos ocupados en cenar; así no se fijarán en nosotros.

—Dices bien, hermano.

Laísa y Nazim se pusieron a hablar en voz baja y de cosas indiferentes; pero una vez asadas las lonjas y los trozos de carne, aprovecharon de la preocupación que siempre preside a la primera parte de una comida sazónada con un buen apetito, y se salieron, a la vez, sin que, como previera Laísa, los demás pareciesen advertir su desaparición.



## VIII

## EL TOCADO DEL NEGRO CIMARRÓN

Eran poco más o menos las diez de la noche, noche hermosa y estrellada como suelen serlo a fines del verano las de los trópicos: en el espacio fulguraban algunas de las constelaciones que nos son familiares desde la infancia bajo el nombre de Osa Menor, Cinturón de Orión y las Pléyadas, pero en situación tan diferente de la en que nosotros estamos acostumbrados a verlas, que un europeo apenas si las hubiera conocido; en cambio, en medio de ellas brillaba la Cruz del Sud, invisible en nuestro hemisferio boreal. El silencio de la noche únicamente lo turbaba el ruido que hacían, al roer las cortezas de los árboles, los innumerables *tanrecks* de que están infestados los arrabales del río Negro, por el canto de las palomas azules y los fondijalas, alondras y ruiseñores de Madagascar, y por el casi imperceptible crujir de la ya seca hierba que se doblegaba bajo los pies de los dos hermanos.

Los cuales andaban sin proferir palabra, miraban de tiempo en tiempo en torno de sí con gesto de inquietud y se detenían para escuchar y anudar luego su camino, hasta que por fin llegaron a un sitio más frondoso, se internaron en un bosquecillo de bambúes, y, una vez en el centro de él, paráronse para escuchar nuevamente y mirar a una y otra parte. Indudablemente esta última investigación fué aún más satisfactoria que las precedentes, pues ambos cruzaron una mirada de seguridad y sentáronse al pie de un banano sil-

vestre que, en medio de las estrechas y flexibles hojas de los cañaverales que lo rodeaban, extendía las suyas anchísimas formando maravilloso abanico.

—¿Y bien, hermano?—preguntó Nazim con la impaciencia que Láisa ya moderara en el cobertizo de los negros.

—¿Conque no cejas en tu resolución?—repuso Láisa.

—Estoy cada vez más resuelto, hermano. Aquí me moriría. Hasta ahora me he avenido a trabajar, yo, Nazim, hijo de jefe y hermano tuyo; pero me canso de esta vida miserable: o me vuelvo a Anjuán o soy muerto.

—Anjuán está muy distante—dijo Láisa lanzando un suspiro.

—¿Qué importa?—repuso Nazim.

—Estamos en la temporada de los huracanes.

—Así nos empujará más aprisa el viento.

—¿Y si la barca zozobra?

—Nadaremos mientras nos queden fuerzas, y cuando ya no podamos nadar, alzaremos por la postrera vez los ojos al cielo donde nos espera el Grande Espíritu, y nos abismaremos abrazados.

—¡Ay!—profirió Láisa.

—Es preferible esto a ser esclavo.

—¿Así, pues, quieres salir de la isla de Francia?

—Sí.

—¿Con riesgo de tu vida?

—Sí.

—Hay diez probabilidades contra una de que no llegues a Anjuán.

—Y una contra diez de que llegue allá.

—Está bien—dijo Láisa,—cúmplase tu voluntad, hermano; pero reflexiónalo mejor.

—Hace dos años que reflexiono—repuso Nazim.

—Cuando el jefe de los mongallos me cogió pri-



sionero en un combate, como a ti cuatro años antes, y me vendió a un capitán negrero, como tú fuiste vendido, al punto tomé mi resolución. Encadenado, intenté ahogarme con mis cadenas, y me remacharon en la sentina; intenté estrellarme el cráneo contra las paredes del buque, y pusieron paja debajo de mi cabeza; me propuse dejarme morir de hambre, y me abrieron la boca, y ya que no comer, obligáronme a beber.

Convenía que me vendiesen cuanto antes, y me desembarcaron aquí, donde fuí vendido por la mitad del precio, y aún resulté caro, pues estaba resuelto a despeñarme desde lo alto de la primera montaña que subiríamos. De improviso oí tu voz, hermano mío, y sentí latir mi corazón junto al tuyo, y tal fué mi dicha que me di a entender que podría vivir. Esto duró un año, pero luego, y perdóname que te lo diga, ya no me bastó tu amistad. Me acordé de nuestra isla, me acordé de mi padre, me acordé de Sirna, y de entonces parecíéronme más insoportables y humillantes nuestros trabajos. Entonces fué cuando te manifesté mi intención de huir, de volverme a Anjuán, para ver de nuevo a Sirna, a mi padre, a nuestra isla, y tú, con tu nunca desmentida bondad, me dijiste: «Reposa, Nazim, tú que eres endeble; yo, que soy fuerte, trabajaré por ti». Y hace cuatro días que te sales por la noche y por mí trabajas mientras yo descanso. ¿No es verdad eso, Laísa?

—Lo es, Nacim—contestó Laísa levantando la frente.—Sin embargo, más valdría que esperásemos algún tiempo más. Hoy somos esclavos; pero quizá dentro de un mes, de tres meses, de un año, seremos señores.

—Conozco tus proyectos y tus esperanzas, Laísa.

—¿Comprendes tú lo que sería ver a los blan-

cos, tan orgullosos y tan crueles, humillados y suplicantes a su vez, y hacerlos trabajar durante doce horas diarias, y hacerlos apalear y quebrarles los huesos? Ellos son doce mil, y ochenta mil nosotros. El día que nos contemos están perdidos.

—Te diré lo que tú me has dicho, Laísa—replicó Nazim:—hay diez probabilidades contra una de que no logres tus propósitos.

—Y yo te responderé lo que tú me has respondido, Nazim: hay una contra diez de que los vea realizados. Quedémonos pues.

—No puedo, Laísa, no puedo. Se me ha aparecido el alma de mi madre y me ha dicho que me vuelva a mi tierra.

—¿Tú has visto el alma de tu madre?

—Sí; hace quince días que todas las noches se posa sobre mi cabeza un fondijala, el mismo que en Anjuán cantaba sobre su tumba. Con sus pequeñas alas ha cruzado el mar y se ha venido: he conocido su canto; escucha, he lo aquí.

Con efecto, en aquel mismo instante un ruiseñor de Madagascar encaramado en la más alta rama del árbol al pie del cual estaban tendidos Laísa y Nazim, empezó su melodioso canto. Ambos escucharon, con la frente melancólicamente agobiada, hasta que el músico nocturno se interrumpió, y, volando en dirección de la patria de los dos esclavos, dió otra vez al viento y a cincuenta pasos de distancia, sus armonías para interrumpirse nuevamente y anudar su vuelo en la misma dirección, y repetir por la vez postrera su canto, lejano eco de la patria del que apenas si podía percibirse las notas más agudas. Luego el fondijala tornó a emprender el vuelo, pero ahora se alejó tanto, tanto, que los dos desterrados no pudieron oír más al avecilla.

—Se ha vuelto a Anjuán—dijo Nazim,—y tor-



nará para llamarme y mostrarme el camino hasta que allá me vuelva yo.

—Parte pues—repuso Laísa,—está presto. En uno de los sitios más solitarios del río Negro, frontero de la montaña, escogí uno de los árboles más corpulentos y con su tronco labré una canoa, y con sus ramas dos remos; aserré el tronco por arriba y por abajo de la canoa, pero lo dejé en pie para que no advirtieran que su cima faltaba entre las de los demás árboles; basta empujarlo para que caiga; sólo hay que arrastrar la canoa hasta el río y abandonarla a la corriente, y pues quieres partir, Nazim, lo efectuarás esta noche.

—Pero ¿y tú? ¿no te vienes conmigo?

—No; me quedo.

—¿Qué te impide volverte conmigo a la tierra de nuestros padres?—preguntó Nazim después de lanzar un profundo suspiro y tras breve pausa de silencio.

—Ya te lo he dicho: hace más de un año que resolvimos sublevarnos, y como nuestros amigos me han nombrado su jefe, abandonarlos sería venderlos.

—No es esto lo que te retiene, hermano, sino otra cosa—repuso Nazim moviendo la cabeza.

—¿Qué otra cosa se te figura a ti que puede detenerme?—profirió Laísa.

—La Rosa del río Negro—respondió el joven mirando de hito en hito a su compañero.

—Es verdad—dijo Laísa estremeciéndose.

—¡Pobre hermano!—articuló Nazim.—¿Y cuál es tu proyecto?

—No lo tengo.

—¿Cuál es tu esperanza?

—Verla mañana como la vi ayer y la he visto hoy.

—¿Pero sabe ella que tú existes?

—Lo dudo.

—¿Ha hablado contigo alguna vez?

—Nunca.

—¿Y la patria pues?

—La he olvidado.

—¿Y Nasali?

—Ya no me acuerdo de ella.

—¿Y nuestro padre?

—Escucha, Nazim—repuso Laísa tras breve meditación,—es en vano cuanto me digas para hacerme salir de aquí, como es en vano que yo me esfuerce para lograr que te quedes. Ella lo es todo para mí, familia y patria. Necesito verla para vivir, como necesito del aire que ella respira para respirar. Sigamos cada cual nuestro destino; vuélvete tú a Anjuán, yo me quedo.

—Pero ¿qué le diré a mi padre cuando me pregunte por qué no has vuelto?

—Díle que he muerto—respondió Laísa con voz entrecortada.

—No me creará—replicó Nazim moviendo la cabeza.

—¿Por qué?

—Mi padre me dirá: «Si mi hijo hubiese muerto, se me habría aparecido su alma, y como su alma no se me ha aparecido, no es verdad que Laísa haya muerto».

—Pues dile que amo a una doncella blanca, y me maldecirá. Pero nunca saldré de la isla mientras ella esté.

—El Grande Espíritu me inspirará, hermano—repuso Nazim levantándose;—guíame adonde la canoa.

—Aguarda—dijo Laísa, llegándose al hueco tronco de un mapu y sacando de él un trozo de vidrio y una calabaza de aceite de coco.

—¿Qué es eso?—preguntó Nazim.



—Quizá con la ayuda de un viento propicio y de tus remos llegues dentro de ocho o diez días a Madagascar, y aun a la Tierra Grande; pero también es posible que mañana o pasado un huracán te arroje a la costa. Entonces se enterarán de tu fuga, y dada la señal en toda la isla, verás-te obligado a hacerte cimarrón y a huir de bosque en bosque y de peña en peña.

—Hermano, ya sabes que en Anjuán me llamaban el ciervo, como a ti el león.

—Pero, como el ciervo, puedes caer en un armadijo, y en este caso es menester que no puedan afianzar en ti la mano, sino que te vayas de entre los dedos de los que en ti la pongan. Ahí tienes vidrio para cortarte los cabellos y aceite de coco para untarte el cuerpo. Ven, hermano, que te haga el tocado del negro cimarrón.

Nazim y Laísa se encaminaron a un claro, y, a la luz de las estrellas, el segundo empezó, con ayuda del trozo de vidrio, a cortar los cabellos a su hermano, con tanta rapidez y destreza como hubiera podido hacerlo con auxilio de una buena navaja el más hábil barbero. Terminada esta operación, Nazim se desnudó, y luego que su hermano le hubo vertido sobre los hombros una porción del aceite de coco contenido en la calabaza, lo extendió con la mano por todo su cuerpo. Ungido de tal suerte de los pies a la cabeza, el hermoso negro de Anjuán parecía un atleta antiguo preparado para el combate. Sin embargo, para completa tranquilidad de Laísa faltaba una prueba. Laísa, como Alcides, detenía un caballo por los pies, y como Milón de Crotona, cogía un toro por las astas y lo derribaba o se lo cargaba a cuestas. Si Nazim se le escurría de entre las manos, se escurriría de entre las manos de todos. Laísa cogió, pues, a Nazim por el brazo y apretó

con todas sus fuerzas sus férreos dedos; Nazim tiró del brazo, que se le fué de entre los dedos a Laísa como una anguila se va de entre los dedos del pescador. Laísa cogió a Nazim a brazo partido y lo apretó contra su pecho como Hércules a Anteo, y Nazim hizo con sus manos alzapríma en los hombros de Laísa, y se deslizó como una serpiente se desliza entre las garras del león. Laísa quedó entonces tranquilizado; a Nazim no podían cogerlo por sorpresa, y, a la carrera, ni aún el animal de quien tomara el nombre lo habría alcanzado. Entonces Laísa dió a Nazim la calabaza, todavía casi llena de aceite de coco, recomendándole que la conservase más preciosamente que las raíces de casabe que tenían que apacarle el hambre, y que el agua que había de apagarle la sed. Nazim ató la calabaza a una correa y la correa a su cintura. Luego los dos hermanos interrogaron el cielo, y al ver en la situación de las estrellas que a lo menos era media noche, tomaron hacia el morro del río Negro, y a no tardar desaparecieron en la selva que cubre la falda de las Tres Tetás; pero tras ellos, y a veinte pasos del grupo de bambúes al pie de los cuales los dos hermanos habían sostenido la conversación de que acabamos de hacer mérito, se levantó lentamente un hombre que hasta entonces, por su inmovilidad, pudiera habersele confundido con una de las trozas entre las cuales estaba tendido, se deslizó como un espectro en la espesura, apareció por un instante en el linde de la selva, y, persiguiendo a los dos hermanos con gesto de amenaza, en cuanto éstos hubieron desaparecido echó a correr hacia Puerto Luis. Aquel hombre era el malayo Antonio, que jurara vengarse de Laísa y de Nazim, y que iba a hacer bueno su juramento.



Por muy ligero que con ayuda de sus zancas corra el malayo, precedámosle en la capital de la isla de Francia.

## IX

## LA ROSA DEL RÍO NEGRO

Después de haber pagado a Miko Miko el abanico chinesco del que Jorge le dijera el precio, la doncella a quien por un instante entrevimos en el umbral, se entró en su casa, seguida de su aya, mientras su negro ayudaba al mercader a cargar de nuevo con su mercancía. La doncella, henchida de gozo por la adquisición que acababa de hacer y que había de ser relegada al olvido al siguiente día, se tendió indolentemente en un sofá visiblemente destinado a servir de cama y de asiento. El sofá aquel estaba situado en lo último de precioso retrete donde campeaban innumerables porcelanas chinescas y japonesas y cuyas paredes estaban entoldadas con hermosas indianas de Coromandel, conocidas con el nombre de *patna*. En cuanto a las sillas y a los sillones, eran de caña, como se estilan en los países cálidos. Olvidábasenos decir que aquel retrete recibía luz por dos ventanas fronteras una de otra, una con vistas a un patio poblado de árboles, la otra con vistas a un grande astillero, y por ambas y al través de las esteras de bambú que hacían las veces de persianas, entraban la brisa del mar y la fragancia de las flores.

Apenas la doncella se hubo tendido en el sofá,

una cotorrita verde y de cenizosa cabeza, no más grande que un gorrión, voló de su percha, y, posándose en los hombros de aquélla, se entretenió en picotear el extremo del abanico, que su ama se distraía maquinalmente, por su parte, en abrirlo y cerrarlo. Y decimos maquinalmente, porque se echaba de ver que en aquel instante la doncella no pensaba ya en su abanico, con ser una pieza maravillosa y con haber manifestado aquélla ardentísimos deseos de adquirirlo. Con efecto, los ojos de la doncella, aparentemente clavados en un punto del retrete en el cual objeto alguno digno de nota motivaba tal fijeza, evidentemente habían dejado de ver los objetos presentes para seguir algún ensueño de su pensamiento; e indudablemente aquel ensueño revestía todas las apariencias de la realidad, porque de tiempo en tiempo la doncella se sonreía y movía los labios, respondiendo por medio de un lenguaje mudo a algún mudo recuerdo. Tal preocupación estaba demasiado fuera de los hábitos de la doncella, para que su aya no reparase en ella; así pues, la señora Enriqueta, después de haber seguido silenciosamente y por breve espacio el movimiento de la fisonomía de su discípula, le preguntó:

—¿Qué le pasa a usted, mi querida Sara?

—¿A mí? Nada—respondió la doncella estremeciéndose como persona a la cual despiertan de improviso.—Como usted ve, estoy jugando con mi cotorrita y con mi abanico.

—Ya lo veo—repuso la señora Enriqueta,—pero de fijo que cuando la he arrancado a usted de su divagación, no pensaba usted ni en el abanico ni en la cotorrita.

—Juro a usted...

—Sara, no tiene usted la costumbre de mentir,